



Pluvia

Victoria de Stefano



14 de agosto: De los Diarios de viaje de Kafka (Viaje de agosto a septiembre de 1911, Suiza, Italia, Francia): “eucalipto, tronco musculoso desnudo”. Los eucaliptos están entre los árboles más altos del mundo, son originarios de Australia. El borde de sus hojas coriáceas, blancuzcas, pendulares, se orienta hacia el sol. Esto lo sé por José. Me acuerdo del chino del parque diciéndonos a S. G. y a mí que los ejercicios debían hacerse de cara al sol. S. G. ríe socarronamente y canturrea el himno falangista *Cara al sol con la camisa nueva que tú bordaste...*

“Los ejércitos permanentes (*miles perpetus*) deben desaparecer con el tiempo”, Kant, *La paz perpetua*.

Novalis, *Enciclopedia*: “El ejército es un matón caro”.

De noche. Se oye una motocicleta encendida en la calle de atrás. Ya se irá, me digo. Paciencia, ármate de paciencia. Julián, viniendo del patio, me saca de mi error. No es una motocicleta, mamá. Es la trepidación de la tubería que conduce el agua al tanque. Me explica que la tubería está llena del aire y le hace resistencia a la propul-

sión del líquido. ¿Habrá que llamar al plomero? Habrá que llamarlo. Lo infernal del ruido es la imposibilidad de hacerlo parar, su imperturbable y maquinales autosuficiencia, su absoluta y total indiferencia. Para dormirme me pongo a contar conejos, ovejas saltando entre las nubes, termino soñando con grandes estufas donde se incuban montones de conejos como ratoncitos envueltos en algodones. Bajo al sótano, subo, conejos, camadas de conejos por todas partes. Saltan hacia mí, me hacen cosquillas con su piel lanosa, acariciante y el movimiento ciego de sus cabezas, golpean mi pecho con sus corazones repicando convulsos y desbocados a la más leve alarma. Jalo la gaveta de la cómoda, más y más conejos apretados el uno contra el otro. ¿Tendré que alimentarlos con biberón, limpiar sus evacuaciones, criarlos? Imposible. No me daré abasto. Se despiertan en mí instintos asesinos. Cierro violentamente la gaveta. Los ahogaré como gatos en un estanque. Estoy resuelta a todo. Grito: ¡Ésta no es mi casa, estos conejos no son míos, ésta no soy yo, este no es sino otro sueño con trazas de pesadilla! ¡Cuando vuelva a abrir la gaveta los conejos habrán desaparecido, ni rastro de ellos! En la madrugada suenan varias detonaciones breves, diáfanas, secas. Quizás sean truenos, tal vez cohetes. El tubo sigue golpeando como martillo pilón. Me vuelvo al otro lado, de nuevo soy carne adormecida e indiferente. Al día siguiente, el vigilante del edificio de enfrente me informa que en la madrugada asaltaron a un vecino cuando estaba por entrar al garaje de su casa. Al parecer lo venían siguiendo. Antes de darse a la fuga le ordenaron tirarse al suelo, le dieron un taconazo en la boca, hicieron dos fragorosos disparos al suelo y otros dos al aire y se llevaron el automóvil. A su mujer, que lo esperaba haciendo crucigramas en la cama, le dio un ataque de nervios, pues una de las balas perforó la ventana del baño y cayó en el lavamanos. La víctima es un hombre de media edad, médico, trabaja en la sala de cuidados intensivos de un hospital del Estado.

16 de agosto: Después de una terrible ventolera, empezó a caer un ruidoso aguacero, se

extendió desde las 4 de la madrugada hasta las 2 de la tarde, con sólo cortas interrupciones, que no engañaban a nadie, entre las 5 y las 6 a.m. un desmesurado derroche de voces clamando en el desierto. Truenos, relámpagos, como no consigo volver a dormirme cojo de los libros apilados cerca de la cama los *Cuadernos de guerra* de Sartre. Me encuentro con un pasaje en el que señala que después de la muerte de Alejandro los griegos se apartaron de la ciencia aristotélica para incorporarse a las doctrinas más brutales, pero más “totalitarias” de los estoicos y epicúreos, que les enseñaban a *vivir* (la cursiva, el énfasis es de Sartre) y a aguantar. Leo desordenadamente sobre los sufrimientos de César Vallejo en el París de la década de los treinta, la extrema pobreza, el ascenso del fascismo, con sus grotescos Mussolini, Franco, Hitler. Salto a *La ciudad de los muertos* de Abraham Valdelomar.

21 de agosto: En la noche releo partes del libro *Voyage au Congo et Retour du Tchad* de Gide pasando con mucho cuidado las páginas que crujen como hojas secas y quebradizas. El viaje transcurre entre julio de 1925 y junio de 1926, una fecha cronológicamente anterior pero compatible con la época en que el jardinero suizo, muy niño todavía, se trasladara con sus padres a la misión de Kinshasa. Intento figurármelo en el contexto y circunstancias con que el autor consigue gratificar mi curiosidad: la población nativa refugiándose en los bosques, cabañas de barro, chozas de hierbas, chozas de varas de caña, los colonos, los puertos aduaneros, los puestos militares, las estaciones vacías, los porteadores balanceando su carga, la muerte lenta en las minas de cobre, la malaria, la difteria, el tifus, los lugares encantadores (algunos rincones aislados le recuerdan a Francia) donde la gente se muere de hambre y penuria, los anfibios, las aves acuáticas, los sapos hidrópicos, las sacudidas y coleadas de las cabras en las aldeas, las bestias salvajes, los bichos rastreros, los insectos ahuyentados a manotones, los cocodrilos, los hipopótamos, los cazadores, el redoble desquiciante de los tambores que hablan, las canoas africanas, las precipitaciones, las chorreras que durante casi

todo el año corroen y socavan la endiablada selva más allá de cuyos lindes de maleza sus severos padres no consintieron nunca que se aventurase.

Apunto en un cuadernito nuevo las tareas para el día siguiente. Comprar cartuchos para la impresora, una resma de papel tamaño carta, pagar el agua, pagar el gas, comprar ajos, comprar tomates. Leo *El corazón de las tinieblas*, principalmente las páginas dedicadas a las tenebrosas brumas de la desembocadura del Támesis con sus historias de antiguos y brutales pobladores, celtas, romanos, sajones, vikingos, tribus nórdicas, reyes, conquistadores, mercaderes, soldados, capitanes de fortuna, navíos dispuestos para la batalla, etcétera, etcétera...

Me acuesto temprano. Me despierto en mitad de la noche, como si hubieran gritado mi nombre. Oigo ruidos. Se agitan las persianas. Hace unos días entraron los ladrones en la casa de al lado, brincando de techo en techo, de tapia en tapia, se llevaron, nadie sabe ni se imagina cómo, pues el muro pasa de los tres metros, dos bicicletas montañeras, un triciclo, una cava. Corro a la ventana, se mueve el jazminero. Veo la que parece ser la cola de un gato. Demasiado larga, tal vez un rabipelado. Sí, un rabipelado. Dos globos amarillo azufre refulgen en la hiedra. Me quedo un rato acodada en la ventana escrutando el cielo. Un pedacito de una luna, menos de un cuarto, una sola estrella. Está amaneciendo. Voces, fuertes pisadas en la calle vacía, risas, vienen bajando dos muchachos algo bebidos, cantando rancheras. Abro de nuevo *El corazón de las tinieblas*: “También éste —dijo súbitamente Marlow— ha sido uno de los lugares más oscuros de la tierra”. Salto algunos párrafos. “Marlow, si se exceptúa su afición a contar historias, no era típico hombre de mar, y para él la significación de un episodio no estaba dentro de la nuez sino afuera, envolviendo la anécdota de la misma manera que el resplandor circunda la luz, a semejanza de uno de esos halos neblinosos que a veces se hacen visibles por la iluminación espectral de la claridad de la luna”.

La significación de un episodio no estaba dentro de la nuez sino afuera... Me pongo a reflexionar sobre esa claridad que circunda la nuez, visión

en retrospectiva y perspectiva. Retrospección, proyección. Proyectar la grandiosidad siniestra del pasado sobre el futuro, sobre el futuro atisbado en el presente, en el presente como antesala y protohistoria de las aún ignotas sonoridades del futuro, en el presente donde los tiempos se cruzan, y la línea que los separa es tan delgada como el tránsito gradual de la luz al campo gravitacional de la sombra mayor que la ciñe y la rodea. La anécdota con todas sus implicaciones anónimas y oscuras, la anécdota, el relato, el episodio, con todo lo que su entramado tiene de no meramente circunstancial, con todas sus peculiaridades y significaciones. El Congo bárbaro de Conrad, el Congo infame de Gide, el de la infancia desolada y sin alicientes de mi jardinero y fruticultor suizo... Estando cerca, cerquísima de una manera más limpia de expresar esa idea bajo la forma de una imagen moviéndose lenta pero constante en dirección a su sentido, escuché ruidos en la parte de abajo de la casa, como si alguien hubiera derribado un mueble o lo estuviera mudando de sitio.

Bajé rápidamente las escaleras y me dirigí a la cocina desde donde, ya antes de cruzar el umbral, me llegó un relincho agudo y vehemente. En el alfeizar de la ventana, arrimando su cara al vidrio, estaba el gato merodeador de los vecinos, con una rata, cuya cabecita colgaba del cuello orlado de sangre, asida a los colmillos. Antes de desaparecer, saltando hacia atrás, pude ver las ranuras de sus párpados entreabiertos como dos heridas laterales de las que asomaban las pupilas brillando de un hambre rapaz de sangre, los cachetes furiosamente esponjados y los bigotes tan tensos como cuerdas de violín. Debió haber sorprendido a su presa en el momento en que ésta se introducía entre los barrotes de la reja que comunica el lavadero con la cocina, pues, en mitad del pasadizo, marcando el lugar del combate, se veía un taburete volteado. Hasta pasado un buen rato no me animé a salir al patio. Lo recorrí de punta a punta, buscando los rastros del desguace, como si se tratara de detectar las pistas de un crimen. Todo lo que encontré fue un asqueroso pedacito de cola y algo parecido a un higadillo secándose al sol detrás de la matica de ruda.



Foto: Elkin Restrepo

22 de agosto: El 14 de julio de 1925 André Gide viajó al África ecuatorial francesa como una suerte de enviado especial del Ministerio para las Colonias. Rilke estaba en el grupo de los amigos que fueron a acompañarlo a esperar el tren que lo llevaría a Burdeos a tomar el barco. Durante la travesía, como lo refiere en su diario, no cesó de leer *El corazón de las tinieblas* de Conrad, a quien le estará dedicado el *Viaje al Congo*. En la noche, durante una larga conversación telefónica, P., ferviente lector de Conrad, me cuenta que Gide fue expresamente a la granja de Capel House, en el Kent, donde vivía Conrad, para conocerlo. Me exhorta a que lea el prólogo de Pavese a la traducción de las obras de Conrad, donde dice que lo que mueve a Conrad es *más la inquietud y el efecto instantáneo de lo visto y oído que lo vivido*.

24 de agosto: Los castillos en que se hospedó Rilke: Castillo de Janowitz, cerca de Selcan, Bohemia, 1910. El palacio Valmarana, en Venecia. Entre julio y septiembre de 1912. Castillo de Duino (Nabresina), en el litoral austriaco, en distintos meses de los años 1910, 1911 y 1912, cuando compuso las dos primeras *Elegías*. Castillo de Berg am Irchel, en el cantón de Zúrich, invierno de 1920-1921. Entre 1921 y 1922, nuevamente en el Castillo del Duino, donde recogió la avalancha de la cosecha completa de las diez elegías y compuso los cincuenta sonetos a Orfeo. Castillo de Muzot sur Sierre, Valais, Suiza, donde pasó sus últimos años. “Un pequeñísimo castillo terriblemente solo en un vasto paisaje montañoso muy triste; habitaciones antiguas, de muebles sombríos, de días estrechos; aquello me oprimía el corazón”, según lo describió Valery. Tan perturbado se sentía que de vuelta en casa le comentó a sus amigos con el timbre estremecido por el estupor del que no terminaba de reponerse: *¡Qué abuso, qué exceso de intimidad con el silencio!*

27 de agosto: El caimán en el pantano: párpados membranosos, ojos prominentes que parecen no mirar nada reservándose para el instante en que la presa esté cerca y desprevenida. Entonces, derribándola de un rápido y súbito coletazo, la

arrastrará hacia aguas más profundas para medirse con ella zanjando a dentelladas la obra iniciada con el fuste de la cola. Acá la gran danza ventral del depredador, acá la presa de cara a la escotadura. Por lo que toca al baboso, satisfecha su hambre de ogro, la danza ha concluido y el pataleo también: a tenderse a la bartola a hacer la digestión y a dormir al sol libre en el horizonte de nuevo. Esto es lo que un filósofo llamaría el genio de la especie o voluntad de vida.

Inclinada en mi escritorio me entretengo ante un manual de zoología persiguiendo los nexos encontrados por Bataille entre los rasgos evolutivos del órgano sensorial de la boca y la proa de los animales. La trompa del elefante, el hocico del cerdo y el hocico del jabalí husmeando a diestro y siniestro, el largo y afinado del oso hormiguero, el del tapir, el pico del águila imperial, el pico del tucán, el de la gaviota, el del albatros, el del colibrí acomodándose a libar el cáliz de las flores. El rugido de una sola boca abierta...

En otro de los libros, más bien un folleto, que he estado hojeando, al hocico muy dilatado del caimán negro de los ríos Orinoco y Amazonas, que es el más grande de su género y está en vías de extinción, se lo agracia con el metonímico “abertura de sarcófago” y más adelante “abertura de ataúd”.

30 de agosto: En la mañana, caminando por los lados del kiosco, adonde había ido a comprar el periódico, me encuentro a Félix, sentado, junto a la barda del siquiátrico, el bastón ortopédico, la bolsa con asas, el cartón enrollado de su lecho de miseria, la sombra amada del perrito enclenque, a un lado. Fumaba ávidamente acoplando sus carrillos y pulmones al aire, calor y densos humos del tabaco. Tenía, agarrada por el cuello, una botellita envuelta en una bolsa marrón. Sus ojos se alzaron y cruzaron como un imprevisto desvío del viento con los míos. Son verdes, casi azules, de un azul mortecino, cubierto de carnosidades. Capto en su mirada el síndrome febril y avaricioso del borracho, la chispa de ira que enciende, a partes iguales, la

vergüenza recóndita y el malhumor de quien se siente observado y, lo que es peor, juzgado y, para su gran vergüenza e indignación, compadecido. Me mira retador, furioso. Antes de escabullirme de la palabra obscena, que por lo bajo y como imagino está por proferir, aparentando mirar por encima de mi cabeza un punto de mi profundo interés, ubicado en la lejanía, advierto en una última e incontrolable ojeada de refilón que tiene orejas de coliflor, como los boxeadores por efecto de los golpes, la piel del dorso de la mano escamosa, rosada, congestionada. Extrañamente no lleva el eterno suéter sino un chaleco de raso confusamente floreado, que tal vez ha sacado de la basura de los edificios de lujo, con vista panorámica a los cerros, que abundan dos cuabras más arriba. Se lo ve muy disminuido, tiene bolsas amarillentas bajo los ojos, un tajo sanguinolento en la barbilla entrecana, la piel turbia, el labio inferior le guinda flácido, la lengua gruesa, empapada de saliva, asomando su punta impúdica y escondiéndose enseguida.

A Félix lo veo, me ve, lo he visto, nos hemos tropezado cientos de veces, sé cosas de su vida, de lo cual él no tiene la más mínima idea de que yo esté enterada, pero nunca hemos cruzado palabra, tampoco creo que lo hagamos, a menos que un día de estos, antes de que se lo lleve el mal que le crece por dentro, no me venza el impulso de prosternarme ante él y pedirle perdón por haber sometido los síntomas de su drama personal al abominable ultraje de mis ojos ávidos y faltos de corazón. ¿Por qué esta curiosidad enfermiza e intrusiva por lo que está más allá, por debajo y por detrás de las vidas de los demás? En especial de las vidas de todo tipo de apestados, vagabundos, pordioseros, borrachines, dementes de los que hay un buen surtido en el territorio de este enclave comprendido entre tres panaderías y la iglesia: esto es, entre el pan y la limosna. ¿Qué me da derecho a escrutarlos como si se tratara de seres inanimados, objetos de vivisección? Ahora, cuando todavía estoy a tiempo, debería desviarme, retroceder, buscar una vía de escape, ni pensarlo, eso sería un agravio todavía peor. Insisto en apuntar mi mirada al cielo, al cielo

que está nublado, al cielo donde se cruzan susurrantes los árboles, al cielo donde unos pájaros bajan en picada y otros huyen por los aires hasta donde los lleva su volada. Me hago, literalmente, la sueca. Sube hacia mí el calor de su cuerpo, el hedor de su carne en agonía, el furor de su rabia, de su justa e indomable cólera. Siento miedo, estoy por entrar en pánico. Mi corazón se acelera. Ya son fracciones de segundos las que me separan de él. Casi no me atrevo a respirar. Podría interponerse en mi camino, plantarme cara, injuriarme, abalanzarse, atacarme con su bastón. ¿Y si le diera dinero? No unas cuantas monedas, sino un billete tentador, un billete sustancioso que sirviera a ponerlo de mi lado. Apuro el paso, presto, presto, lo sobrepaso, eso sí, sin correr, que no se dé cuenta del pavor que me inspira. Antes de doblar la esquina, me vuelvo a tiempo para ver que se ha incorporado, con la cabeza gacha, el lomo encorvado, la mano temblorosa que no gobierna el bastón, que no rige el bailoteo de la contera de goma. Con cada paso que daba sus miembros eran sacudidos como por pequeñas descargas de electricidad. Su mascota lo seguía al

trote, saltandito de un lado a otro, su cola oscilando como el artilugio de un juguete mecánico. Oigo a mis espaldas el tañido de la campana del carrito de los helados. *Bonjour, madame. Bonjour, Jean Jacques*, alcancé a decir antes de que desapareciera calle abajo aferrado al manubrio. El haitiano Jean Jacques es otro de los habituales de esta zona. Con frecuencia se detiene frente a la reja, hace sonar la campana.

Espera a que Julián baje, conversan, ríen. Jean Jacques es un hombre alegre, tiene buenos modales. Julián vuelve con dos conos de chocolate con lluvia de maní.

“¡Malditos sean todos los que aman sin tener una grandeza que esté por encima de su piedad!” *Zaratustra* (“De los misericordiosos”, 291). ■

Fragmentos de la novela *Lluvia*, de la escritora Victoria de Stefano, venezolana nacida en Rímimi (Italia). Ha publicado, entre otros, *La refiguración del viaje* (compilación de ensayos, 2005) y las novelas *La noche llama a la noche* (1985), *Historias de la marcha a pie* (1997, 2005) y *Paleografías* (2010), con la que recibió en 2011 el Premio de la Crítica a la novela del 2010.

